

Lo contrario sucedía precisamente en el campo enemigo: todo era alegría, y todo era certeza de la victoria.—Jerjes quiso contemplar de lleno toda su gloria durante el combate de Salamina, y se sentó en un elevado trono, y para que ningún griego que se salvara de la ruina de sus buques pudiera librarse de su venganza, mandó el gran rey colocar soldados en las islas adyacentes.—Tan seguras estaban de la victoria las naciones aliadas contra la Francia, que á cada instante estaban anunciando la toma de Dunquerque y de Maubeuge.—Entre la costa oriental de la isla de Salamina y la occidental del Atica se forma un estrecho en espiral de cerca de cuarenta estadios (dos leguas) de largo y ocho de ancho. Encuéntrase casi cerrada la extremidad del estrecho por el promontorio Trofeo que corta las olas en forma de lanza. La primera línea de la escuadra griega se extendía desde la punta de este promontorio al puerto Foron situado paralelamente en la opuesta playa. Detrás de esta primera línea había otra en la misma dirección, y así sucesivamente estaba ordenada toda la escuadra ocupando el estrecho. Esta posición quitaba á los persas la ventaja del número e interrumpía su línea de batalla, cortándola con la pequeña isla Psythia, que está situada en frente y un poco más abajo del canal.

En el ala izquierda de la escuadra persa se hallaban colocados los fenicios, teniendo á su frente á los atenienses y á la derecha los jonios que habían de combatir contra los lacedemonios, los meyarenses y los de Egina. El almirante de la escuadra persa se llamaba Ariabignes, (1) y el que mandaba los buques griegos era Euribiades.

—Los austriacos despues de haberse apoderado de Valenciennes avanzaron sobre Maubeuge á cuya plaza pusieron inmediatamente sitio. El príncipe de Cobourg con un ejército de observación cubría las tropas sitiadoras.

—Habiendo Jerjes dado la señal del combate, los atenienses cayeron impetuosamente contra los fenicios. La lucha fue obstinada y durante mucho tiempo se sostuvo por ambas partes con igual valor. Mas habiendo el almirante persa Ariabignes abordado una galera enemiga, sucumbió cubierto de heridas. Desde aquel momento se hizo general en la escuadra persa la confusión, aumentada por la multitud de las naves é inutilizada por su mala posición. La innumerable escuadra del gran rey que pocos momentos antes oscurecía el mar, desapareció ante el desnudo de un pueblo libre.

—En Maubeuge volvieron los franceses á recobrar aquel brillante valor que habían perdido desde Jemmapes. Precipitáronse sobre las líneas enemigas con aquella viveza impetuosa que les distingue de todos los demás pueblos. Fosos, baterías, bayonetas, montañas, ríos, pantanos, nada les detiene. Parece que se multiplican pues casi á un mismo tiempo se les ve en diferentes sitios: trepan, corren, saltan: no bien acaban de ser vistos en la llanura, cuando ya dominan el baluarte que han tomado por asalto.

Los austriacos sostuvieron el choque con su acostumbrado valor. Aquellos bizarros soldados, que ningún contratiempo es capaz de arredrar y que despues de veinte años de lucha se volverían á batir con el mismo aliento que la primera vez, rechazaron por todas partes á sus numerosos enemigos. Pero creyendo el príncipe de Cobourg que era ya inútil prolongar por más tiempo la resistencia, abandonó la posición y levantó el sitio de Maubeuge. No tardó una columna de republicanos mandada por Houchard en obligar á los ingleses á levantar el sitio de Dunquerque, y los aliados tuvieron que renunciar por entonces, á sus esperanzas de conquista.

(1) No puede segun Herodoto y Diodoro decirse que la escuadra persa tuviese un almirante en jefe. Mas parece cierto que Ariabignes, hermano de Jerjes era el principal jefe.

Así como la escuadra persa formada de diversas naciones—el ejército austriaco compuesto de distintos pueblos, masa indigesta de aliados unos pusilánimes, otros traidores, otros envidiosos de la gloria que tal vez iba á recaer en este ó en aquel general, en esta ó en aquella nación, vino á estrellarse en Salamina, y en Maubeuge.—El gran rey tuvo que pasar como fútil en una barquichuela aquel mar al que en el delirio de su arrogancia había poco antes mandado poner cadenas (2).—Cobourg despues de su contratiempo mandó que las tropas formaran cuarteles de invierno, y todos los partidos en tanto que volvía á abrirse la campaña tuvieron ocasion de meditar en la inconstancia de la fortuna ó deplorar su locura.

CAPITULO LXVI.

PREPARATIVOS DE UNA NUEVA CAMPAÑA.—RETRATOS DE LOS JEFES.—MARDONIO.—COBOURG.—PAUSANIAS.—PICHEGRU.—ALEJANDRO REY DE MACEDONIA.

Mucho faltaba aun para poderse creer la Grecia y la Francia libres de todo peligro. Jerjes dejando en pos de sí un ejército de trescientos mil hombres escogidos había hecho mas por su causa que arrastrando tres millones de esclavos.—La derrota que los aliados habían sufrido en las plazas sitiadas, no era mas que un ligero contratiempo que podía convertirse en provecho suyo dándoles una útil enseñanza. De manera que solo esperaban la venida del buen tiempo para volver á principiar las hostilidades: antes de entrar en detalles de la campaña, diremos una palabra acerca de los jefes que mas se distinguieron en ella.

Mardonio que mandaba en jefe las tropas persas que habían quedado en Grecia era un sátrapa de elevado rango y algo pariente de sus soberanos. Su ambición, que no estaba en armonía con su talento, le hacía ser uno de esos entes desproporcionados, que parecen grandes y no son mas que monstruosos. Vano, impaciente y orgulloso, no tenía mas que el valor brutal, ese valor que da la muerte, y la recibe sin temor (a).

—El príncipe de Cobourg puesto al frente de las tropas aliadas del Austria, era superior á Mardonio en lo ilustre de la cuna, y en las cualidades personales. A la bizarría y á la prudencia, reunía talento y virtudes militares, la ciencia del mando, y la lealtad del soldado (b).

Pausanias, oriundo de la familia real de Lacedemonia, y generalísimo de los ejércitos combinados de la Grecia; era un hombre lleno de jactancia, y de magníficas palabras, siempre dispuesto á hacer valer sus grandes servicios, y á vender á su patria. Despues de haberla salvado en los campos de Platea, la puó villanamente algunos meses despues en manos del tirano de Suza (3).

Pichegru, cuyo nombre plebeyo, humilde condicion y modestia contrastan con el brillo de su fama, era el que conducía los franceses al combate. Ese hombre extraordinario, hijo de la revolucion, supo elevarse desde la oscuridad de una clase inferior al puesto mas

(2) HEROD., lib. viii, cap. cxv.

(a) Esta disparidad entre el mérito real y la ambición es un defecto de los mas comunes y puede llamarse una verdadera plaga social, siendo de advertir que no siempre produce una especie de grandeza como la de Mardonio; pues no pocas veces está colocada la ambición en sujetos tan inferiores, que no teniendo fuerzas para soportarla, se ven oprimidos bajo su peso. (N. ED.)

(b) Háganse enhorabuena retratos, pero es preciso que se parezcan. Los talentos del príncipe de Cobourg eran inferiores á sus demás cualidades. (N. ED.)

(3) THUCID., lib. i, cap. cxxxiv. Condenáronlo á muerte en Esparta; y se la dieron tapiando las puertas del templo á donde se había refugiado.

brillante de su país, y descender otra vez con no menos grandeza de alma á la oscuridad de su primera condicion (a).

Finalmente en el ejército de los persas figuraba un hombre llamado Alejandro, rey de Macedonia, que traficando con su honor y conciencia, era traidor á los dos partidos, vendiéndose al mas rico ó al mas fuerte. Antes del combate de las Termópilas, avisó á los griegos del peligro de su posición en el valle del Tempe, y marchó con Jerjes á Salamina. Despues de la derrota del monarca de Oriente, se llamó amigo de los atenienses, y les invitó en nombre de la humanidad á sustraerse del tirano de Asia. Acompañando á Mardonio le hizo traición en los campos de Platea para asegurarse un asilo en caso de derrota, y dió personalmente aviso á Pausanias, de que al día siguiente sería atacado por los medos. Los griegos á pesar de su odio á los reyes respetaron á este Alejandro (b) en fuerza del desprecio que les inspiraba, y no se desdijeron de seguir poniendo en juego los resortes de aquel venal maniquí, mientras que pudieron utilizarlo en alguna cosa.

No hablaré del rey de Prusia.

CAPITULO LXVII.

CAMPAÑA DEL AÑO 479 ANTES DE NUESTRA ERA Y PRIMERO DE LA OLIMPIADA SEPTUAGÉSIMA QUINTA.—CAMPAÑA DE 1794.—BATALLA DE PLATEA.—DE FLEURUS.—VICTORIAS Y VICIOS DE LOS GRIEGOS.—DE LOS FRANCESES.—DIVERSAS PACES.—PAZ GENERAL.

Tales eran los generales que mandaban en las memorables campañas, cuya historia acabamos de trazar. Así que lo permitió la estación volvieron á renovarse con mas ahinco las hostilidades. Mardonio asoló por segunda vez el Atica.—Por su parte el príncipe de Coburgo, se apoderó de Landrecies, y abrió la campaña consiguiendo otras varias ventajas; mas no tardó en cambiarse el aspecto de la fortuna. El general griego Pausanias evitando dar combates en la llanura, tuvo el arte de atraer á los persas á un terreno que no les era favorable.—El general Pichegru, invadiendo la Flandes marítima, obligó á los aliados á abandonar sus conquistas. Despues de marchas y repetidas acciones parciales los grandes ejércitos griegos y persas, franceses y austriacos vinieron á encontrarse en el sitio marcado por el destino.

Es por lo regular tan despreciable la causa común de las guerras, que la narración de una batalla en que veinte mil fieras se desgarran por las pasiones de un hombre, no hace por último mas que causar disgusto y fastidio; mas cuando se ve que un puñado de valientes caen denodadamente contra una horda de opresores, cuando por una parte se ven cadenas y opresiones políticas, y por otra, la libertad y la patria es sin duda ninguna el espectáculo mas digno de fijar la atención de los hombres. Este interés es el que inspiran las batallas de Platea y de Fleurus, pero de un modo diferente. Los franceses desmoralizados ya, y habiendo marcado su revolucion con los crímenes mas enormes, no presentan el interesante cuadro de los griegos pobres, inocentes, é infinitamente mas expuestos que aquellos. Atenas puede decirse que ya no existía; en el sagrado campo de Platea se encerraban hijos, padres, dioses y patria; agostada por el mortífero hábito de la esclavitud, aquella clásica tier-

(a) Esto decía un emigrado por los años de 1793 y 1796 antes que Pichegru hubiese abrazado la causa de la monarquía legítima, y antes que ocurriera por consiguiente el trágico fin de aquel grande y desgraciado general. La imparcialidad del realista puede en este caso pasar por una especie de presentimiento. (N. ED.)

(b) Hubiera sido prudente terminar el artículo en este período sin añadir la inconsiderada frase con que lo concluyó.

ra de la independencia, no prometía ya ningún elemento de subsistencia, en el caso de una derrota; pero los héroes de Platea se cuidaron muy poco del porvenir; magnanimamente resueltos á hacer el sacrificio de su vida; como habían de temer vivir esclavos, estando determinados á morir como libres? (c)

Al Mediodía de la ciudad de Tebas en Beocia, se extiende una gran llanura, atravesada en su extremidad meridional por el Asopo, cuyo curso se dirige de Occidente á Oriente, delineando un grado al Norte. Por la otra parte del rio, se dilata la llanura hasta el pié del monte Citeron, de manera que entre la llanura y el rio queda un espacio de cerca de doce estadios en su mayor anchura.

Los persas ocupaban la orilla izquierda del Asopo con trescientos cincuenta mil hombres, desplegando su numerosa caballería en la llanura, protegido el frente con una línea atrincherada y teniendo á retaguardia Tebas y un país libre. Las tropas combinadas de los lacedemonios, atenienses y demás aliados, componían ciento diez mil hombres de infantería y estaban acampados en la pendiente del Citeron. Casi en la misma línea se echaban de ver al Oeste las ruinas de la pequeña ciudad de Platea, y en medio de la distancia que las separaba del campamento griego corría la fuente Gargafía: de manera que el Asopo era la línea que dividía ambos ejércitos enemigos.

Antes de principiar la acción general ocurrieron dos movimientos.

Careciendo el ejército de Pausanias de agua en su primera posición, lo hizo su general desfilarse por la ladera del monte y tomó nuevas posiciones en los alrededores de la fuente Gargafía. Los persas ejecutaron una marcha paralela por el otro lado del rio. Viéndose el general lacedemonio inquietado por el enemigo levantó por segunda vez el campamento para apoderarse de una isla formada al Occidente por dos ramificaciones del Asopo; mas al llegar al frente de Platea, Mardonio atravesó el rio y cayó sobre el ejército griego con toda su caballería. Pausanias se puso precipitadamente en orden de batalla, de manera que los lacedemonios, formando el ala derecha quedaron en frente de los persas y de los sacios en tanto que los atenienses en la izquierda tuvieron que medir sus armas con los griegos que componían el resto del ejército de Jerjes. Los incidentes del terreno impidieron que el centro del ejército pudiera desarrollarse.

—Charlerroi, acababa de ser tomado por los franceses; mas el ejército austriaco ignoraba aun esa noticia. Habiéndose propuesto el príncipe de Coburgo socorrer aquella plaza, y habiendo recibido el día antes un refuerzo de veinte mil prusianos avanzó el 26 de junio (8 *Messidor*) á las tres de la mañana sobre el Sambra. Su ejército se componía de cien mil hombres. El ala derecha estaba mandada por el príncipe de Orange, la izquierda compuesta de holandeses y emigrados por Beaulieu, y la caballería por el príncipe de Lambesc. El ejército francés mandado en jefe por Jourdan se componía de las divisiones del Mosela, de las Ardenas, y del Norte reunidas.

Por último, llegaron los días 3 de boédromion (1),

(c) Creo que al leer esta página nadie podrá decir que los emigrados detestaban la libertad, ni que tenían afinidades con los extranjeros y deseaban el desmembramiento de la patria. Aquí desaparece toda quiotería de sistema y es completa la imparcialidad del escritor, que no se deja cegar ni aun por el afecto de la patria; pues al paso que desea el triunfo de los franceses, al paso que aplaude su triunfo, representa su causa como menos interesante que la de los griegos y así era en realidad. Estas páginas escritas en mi primera juventud me dan derecho de hablar hoy con amor de las libertades públicas y con honor de la esclavitud: mis ideas políticas no se han desmentido un solo instante. (N. ED.)

(1) 19 de setiembre año 479 antes de J. C.

segundo año de la septuagésima quinta olimpiada y el 12 *Messidor* del año III de la República (1): días destinados por el supremo árbitro de los imperios para destruir los proyectos de la ambición, y llenar de asombro á los hombres.

Las batallas de los antiguos, cuyo mortal silencio no se interrumpía sino de cuando en cuando, por el rabioso alarido de los combatientes, serían acaso tan pavorosas como las nuestras con el atronador estrépito de las baterías. El labrador del monte Citeron y el de las orillas del Sambre, pudieron contemplar de lleno los horrores de la guerra y bendecir la suerte que les había reducido á vivir en la tranquila paz de las aldeas. En Platea y Fleurus brillaron en su esplendor todas las virtudes guerreras. Allí, el persa, expuesto bajo un débil escudo á las armas de los lacedemonios, mostró el valor mas intrépido al romper con sus ensangrentadas manos la pica que atravesaba su pecho.—Aquí el granadero húngaro se abrió paso con la culata (2) del fusil entre los numerosos franceses que por todas partes le rodeaban.—Allá los atenienses pudieron á duras penas exceder á sus compatriotas que militaban bajo las banderas enemigas.—Aquí los emigrados franceses opusieron un valor indómito á los soldados de Robespierre. Decidese por último la fortuna: Mardonio cae combatiendo en primera fila: su ejército se desordena y sucumbe al filo de la espada enemiga dentro el recinto de su mismo campamento.—El príncipe de Coburgo al rehacerse bajo el fuego enemigo, al disponerse para volver á la carga, recibió la noticia de la capitulación de Charlevi, y tuvo que mandar tocar retirada. Doscientos mil persas quedaron tendidos sobre los campos de Platea: —Una multitud de austriacos y franceses en Fleurus, y estos últimos y los griegos, perdieron igualmente sus virtudes en el mismo campo donde adquirieron la victoria.

Desde aquel punto se sintieron dominados de la ambición de conquistas y de la sed del oro en vez del entusiasmo por la libertad que acababa de darles la victoria. Los griegos, conducidos por otros generales, no menos hábiles que los primeros (3) recorrieron las costas de Asia, Africa y Europa, quemando, saqueando y destruyendo todo á su paso, imponiendo contribuciones forzosas, y manteniendo sus ejércitos á expensas de las naciones vencidas.—No necesito recordar al lector el incendio de Italia, las requisiciones y expoliación de los templos, ni los atentados cometidos por los franceses en el Brabante, en Alemania y Holanda, etc. Ya he dicho en otra parte cuál fue la consecuencia de semejante conducta por parte de la Grecia. El pueblo de Atenas, veleidoso y cruel, que desde luego se había distinguido por sus criminales excesos, se atrajo la guerra de los aliados y sucumbió en la del Peloponeso.

Desde la batalla de Platea hasta la pacificación general, trascurrieron treinta años, pero en este intervalo los distintos confederados negociaron tratados particulares con el vencedor. Principiaron los cartagineses, siguieron los macedonios y luego las islas y los diversos Estados. Unos consiguieron la paz á fuerza de dinero, y otros se vieron obligados á declararse contra los persas, como en nuestros tiempos hemos visto que la Prusia, la España y pequeños principados de Italia y Alemania han tenido que hacer. Cansado

(1) 20 junio de 1794. Me sirvo de estas fórmulas republicanas para conservar mejor el colorido.

(2) Este rasgo de la batalla de Fleurus que me ha sido referido por algunos oficiales que se hallaron presentes volvió varias veces á repetirse durante la campaña. Careciendo los granaderos húngaros de municiones en Jemmapes se batían desesperadamente á culatazos con los franceses que asaltaban sus trincheras.

(3) Como Cimón que conquistó la casi isla de Tracia, Mironides que se apoderó de la Focida y la Feocia, etc.

Artajerjes de una guerra tan inútil, se bajó hasta el extremo de pedir la paz. He aquí las condiciones que se dignaron imponerle: 1.º Que sus galeras armadas no podían entrar en los mares de Grecia: 2.º que sus tropas no podrían aproximarse en ningún tiempo á mayor distancia de tres jornadas del Asia Menor: 3.º y finalmente, que las ciudades jónicas serían declaradas independientes. Pues que los persas eran los que tuvieron la locura de emprender la guerra, debieran haberla sostenido noblemente, aun cuando no fuera mas que por conseguir condiciones menos vergonzosas. Ese tratado de Artajerjes fue el golpe mortal que entregó el imperio de Ciro en manos de Alejandro. Aconteció al gran rey como á muchos soberanos de la Europa actual; concluyó por cansancio una paz ignominiosa en el momento en que habría podido dictarla como vencedor. Los griegos no eran ya los Griegos de Platea. No se hablaba mas en Atenas que de la conquista de Egipto, Cartago y Sicilia, y la única idea que dominaba en todos los ánimos, era el extender los límites de la república, y el poner á sus piés todas las demás naciones cargadas de cadenas.—Aun no hace mucho tiempo que los franceses no sabían donde fijar los límites de su imperio. El Rhin, durante algun tiempo les ofreció un límite demasiado estrecho. Cuando Atenas se lisonjaba de conquistar el mundo, estaba ya próximo el día en que había entregado su libertad á Lisander (a).

Así pasó aquella calamidad, terrible, fruto de la revolución republicana de Grecia. Desde la primera invasión de los persas (4) en tiempo de Dario (490 años antes de nuestra era) hasta la época del tratado de paz de Artajerjes (año 449 de la misma cronología), extendió su desolador imperio en un período de 41 años. Jamás ninguna guerra principió (así como la actual) con mas lisonjeras esperanzas de triunfo ni concluyó de un modo mas calamitoso.

CAPITULO LXXIII

DIFERENCIA GENERAL ENTRE NUESTRO SIGLO Y AQUEL EN QUE SE VERIFICÓ LA REVOLUCION DE LA GRECIA.

Después de haber examinado las relaciones que existen entre la revolución republicana de Grecia y la de Francia, deben tambien considerarse, para proceder con imparcialidad, sus diferencias. De ningún modo tratamos de sorprender la fe de nuestros lectores ni dirigir su opinion, antes por el contrario solo deseamos alejar de esta obra todo espíritu de sistema, manifestando sinceramente la verdad; (b) no porque creamos que aun teniendo la dicha de aproximarnos á ella nos pudiera valer nada mas que el odio de los partidos, sino porque creemos que no hay mas que una sola regla para obrar bien, y es, hacer cuanto se pueda en obsequio de los hombres y despreñar sus clamores.

Sucede con los cuerpos políticos como con los celestes: obra su atracción mutuamente en razon de su distancia y gravedad. Si el menor incidente interrumpiera esa ley de armonía en el mas pequeño de los satélites, es creíble que toda la creación se resentiría; y faltando el equilibrio, chocarían los cuerpos cele-

(a) Los cuadros y las comparaciones que hay en este capítulo me parecen menos defectuosas, y mas interesantes que los demás; hay tambien que notar que concluyen por un rasgo que al parecer anuncia á Bonaparte y al final resultado de sus conquistas.

(4) Llamo primera invasión á la que en realidad era la segunda, habiendo Mardonio intentado otra infructuosa antes de Datis.

(b) He indicado ya la pretension de todos los hombres al sistema de no tener sistema. Por lo demás este capítulo en su totalidad es razonable y si hoy lo escribiera, no lo haría de otro modo. (N. ED.)

tes unos con otros y volvería el universo á caer en el caos hasta el momento en que despues de mil choques y mil destrucciones, volverían todas aquellas masas á describir órbitas regulares en un nuevo sistema.

En Grecia destierra una pequeña ciudad al tirano, y la conuocion que de allí nació, se fue propagando hasta las extremidades del Asia y Europa: mil pueblos rompen sus cadenas ó caen en la esclavitud: el trono de Ciro se conmueve y se desarrolla el germen de todos los acontecimientos y todos los disturbios futuros. Cada revolución es consecuencia y principio de otra: de manera que sin faltar á la verdad se podría decir, que la primera revolución del globo produjo la que en nuestros dias hemos visto en Francia.

Para convencerse de esa fatalidad que preside á todo, que es la última razon de todo, y que podría hacer que se turbara el orden de los mundos (permítaseme la expresion) solo por haber mutilado el pié del insecto que se arrastra por el polvo (a), supongamos por un momento que el suceso mas frívolo se verificó en Atenas de un modo distinto del que en realidad ocurrió; supongamos que hubiera existido un hombre de menos, ó que ese hombre no hubiese ocupado el puesto que ocupó: por ejemplo, que Epicides hubiera prevalecido sobre Temistocles. En ese caso es probable que Jerjes hubiera impuesto su yugo á la Grecia. ¿Qué habría sido de los Sócrates, Platones y Aristóteles? El astuto Filipo habría envejecido bajo el látigo de su dueño, el gran Alejandro habría muerto tal vez como actor trágico en algun escenario, ó extendido en la cruz tiria como malhechor; habríanse desarrollado nuevos sucesos, habrían surgido otros Estados en el teatro del mundo: habrían los romanos tenido que luchar con nuevos y tal vez invencibles obstáculos; habría, por decirlo de una vez, cambiado totalmente el orden de cosas que ha llegado hasta nuestro siglo.

Al fijar la atención en el estado en que se hallaban los hombres cuando ocurrió el establecimiento de los gobiernos populares en Esparta y Atenas, y en la situación de los pueblos en el acto de ser abolida la monarquía en Francia, no puede menos de admirar una notable diferencia que entre ambos casos se observa. Todo, ó casi todo era república en el momento de la revolución griega: todo, ó casi todo era monarquía en la época de la revolución francesa. En el primer caso todo eran gobiernos populares que debían influir en otros de la misma clase, en el segundo una constitución republicana iba á chocar con las constituciones monárquicas. Tanto mas rápida es la inflamación cuanto mas heterogénea es la materia de los cuerpos que se rozan con violencia. Según esta ley física, es de esperar que el efecto de las actuales colisiones de Francia sea infinitamente mas activo que el de las de Grecia (b). No sentemos ninguna proposición sin aducir pruebas.

¿En dónde se dejó sentir con mas ruda violencia el efecto de las revoluciones de este último país? En Persia ¿Por qué? Porque al chocar con principios políticos diametralmente opuestos, tuvo que arrojarse de todo su vigor. Empero esto nos descubre otra disparidad.

El servil persa fue presa del ciudadano libre de la

(a) La palabra *fatalidad* disuena en ese párrafo. La mutilación del pié de un insecto sobre ser una comparación exagerada no podría aplicarse sino á un orden de cosas físicas; mas á pesar de eso las ideas en mi concepto están en su verdadero punto de expresion. *El astuto Filipo envejeciendo bajo el látigo*, Alejandro reducido á ser un actor trágico, ó un bandido si *Epicides hubiera prevalecido sobre Temistocles* son observaciones de que cada acontecimiento desarreglado podría presentar una larga serie.

(b) La experiencia ha demostrado la exactitud de esta reflexión; mas al demostrar la diferencia que existe entre ambas revoluciones, trabajo contra mi propio sistema. (N. ED.)

Grecia. ¿Cómo subsistían las repúblicas griegas? Por medio de esclavos. ¿Cómo vivían tan libres nuestros antecesores, los Bárbaros? Por medio de esclavos. Imposible es comprender en qué principio podría establecerse una verdadera democracia sin esclavos. De manera que las repúblicas son absolutamente imposibles según nuestros modernos sistemas (c). Admisión me causa el ver que los franceses, tan imitadores de los antiguos no hayan reducido á esclavitud á los pueblos conquistados. Ese era el único camino de encontrar lo que se llama libertad civil (d).

Hé aquí, pues, dos diferencias esenciales en los siglos, dependientes, la una del gobierno y la otra de las costumbres. ¿No habrá en el concurso casual de las cosas alguna circunstancia que determine, retarde, acelere ó modifique el efecto de esta ó aquella circunstancia? Vamos á examinarlo.

La mayor parte de los Estados contemporáneos de los atenienses y de los espartanos, estaban distantes de sus pueblos célebres. ¿Por qué conducto se habían propagado las luces sobre todo el globo desde aquel pequeño rincón del mundo? ¿Tenían los griegos interés en comunicárselas? Apéados enteramente á su patria, cuyo suelo sabían cultivar y defender con sus propias manos, apenas mantenían aquellos antiguos varones alguna que otra relación con los demás pueblos. Usando cada nación distinto idioma, no conociendo el sistema de correos, el de carreteras, ni el de la imprenta, vivían reducidas al aislamiento. De aquí resultaba que todo descubrimiento en materias morales, políticas ó científicas, quedaba limitado al país en que se había hecho, ó bien se convertía en especulación de un reducido número de hombres que las mas de las veces estaban muy interesados en ocultarlo á la multitud. Por otra parte, los pueblos con sus preocupaciones nacionales y por exclusivismo de amor patrio, ocultaban cuidadosamente sus propios conocimientos y su felicidad. De manera que ese espíritu de fraternidad universal que anima á los republicanos modernos, es de presumir que hubiese hallado muy poca acogida allá en la remota antigüedad (e).

En este particular es donde manifestamente se echa de ver la desemejanza de los tiempos. Nuestros correos, nuestras vías públicas, y sobre todo la imprenta, contribuyen á que todos los Europeos podamos considerarnos como ciudadanos de un mismo país. ¿Se desarrolla alguna nueva idea, se hace algun interesante descubrimiento en Londres ó en París? No pasan muchas semanas sin que llegue á noticia del que vive en las orillas del Danubio, del que habita en Roma, del vasallo de San Petersburgo y del esclavo de Constantinopla, que se la apropiaran, comentarán y bien ó mal la aplicaran en provecho suyo. Rara vez visitaban los antiguos las regiones extranjeras, porque eran casi insuperables las dificultades que se oponían á la traslación de un punto á otro. En nuestros dias un viaje á Rusia, Alemania, Italia, Francia ó Inglaterra ¿qué digo? un viaje alrededor del mundo, es asunto de algunas semanas, de algunos meses, ó de algunos años, calculados con algunos minutos de diferencia. Tampoco es en el estado actual de civilización un obstáculo la diversidad de idiomas, pues todos son recíprocamente conocidos en todos los pueblos.

Así es que á la menor revolución que ocurría en los tiempos antiguos desaparecían los libros raros y los

(c) Si, toda república bajo la forma de las antiguas; pero no como ya lo he indicado una multitud de veces una república basada en los principios de civilización. Imposible es que los pueblos civilizados se sometan á una servil esclavitud, sin que un gobierno verdaderamente ilustrado se defienda al despotismo. (N. ED.)

(d) Hubiera debido decir *política*. (N. ED.)

(e) Esta página destruye enteramente mi sistema, mas ya en otra nota he hablado sobre el particular combatiéndolo. (N. ED.)

monumentos artísticos; la tierra volvía á retroceder á la primitiva barbarie, y los nombres que se libraban de aquella catástrofe tenían que volver á principiar como los primeros habitantes del globo una nueva carrera, pasando lentamente por todos los grados por donde fueron avanzando sus antecesores. Apagada la antorcha de las ciencias, era muy costoso volver á encontrar el foco de luz en donde volver á reanimarla, y no había mas remedio que esperar la aparición de algún genio creador que volviera á encenderla, bien así como la lámpara de Vesta que una vez apagada no podía encenderse sino á los rayos del fuego solar. ¡Qué enorme diferencia en los tiempos actuales! A nadie le es dado calcular la altura á que la sociedad puede elevarse en un tiempo en que nada se pierde, en que nada puede perderse: ¿No es esto por ventura caminar hacia lo infinito?

A primera vista parece que yo destruyo en este capítulo lo que he dicho en el anterior, pues ¿qué aplicación podrá hacerse de los tiempos pasados á los modernos existiendo tan notables diferencias entre ambos? (a) Es indudable que á muchos lectores deslumbrará ese sistema de perfección á que vamos llegando. Si fuera ocasión de entrar en la discusión de una tan interesante materia no me sería difícil probar, que nuestra posición es en realidad la misma que la de los pueblos antiguos, por lo tocante á los resultados, y que hemos perdido en costumbres lo que hemos ganado en instrucción. No parece sino que la providencia ha establecido tal equilibrio entre ambas cosas y que no puede enaltecerse la una sin menoscabo de la otra, como si de su consonancia estuviese destinada á prevenir la perfección de la humana raza. Es también muy cierto que de las luces no nace directamente la virtud; pues puede muy bien darse el caso de que un gran moralista sea un malvado. Queda por lo tanto la cuestión de felicidad en igual proporción respecto de los pueblos antiguos y modernos, pues no es posible que exista sino en donde puede presentarse asociada á la pureza del alma. Eso mismo diremos por lo tocante á los buenos resultados que puedan esperarse de la revolución actual si por mas alto que sea el grado de nuestras luces, no ha llegado el espíritu á obrar directamente sobre el corazón. Por otra parte, ¿que ciencia nos enseñará el secreto de cambiar la naturaleza del alma? ¿Qué palabras desarraigaran los pesares de este suelo surcado por ellos en todas direcciones? Si el hombre á despecho de su filosofía está condenado á vivir con sus deseos, nunca podrá redimirse de su esclavitud, nunca dejará de parecerse al hombre del dolor de los tiempos pasados, al hombre del angustioso momento en que escribo esta página, y al hombre de los nuevos siglos de miserias que vendrán en lo sucesivo. Cuando el Ser Omnipotente que tiene en su mano el corazón de los hombres, ha querido en la inmensidad de sus juicios comprimir el resorte de la humana felicidad, nada importa que para mayor confusión haya dejado que sus gigantescas cabezas se hayan elevado casi á la altura de las esferas que ruedan por el espacio. Si el corazón no puede perfeccionarse, si la moral no alcanza á salir del estado de corrupción ni aun con el auxilio de las luces, en ese caso adios planes de república universal, adios fraternidad de las naciones, adios paz general, adios deslumbrador fantasma de una felicidad duradera sobre este suelo! (b).

(a) Así es efectivamente. La sutileza con que intento volver á entrar en mi nuevo sistema no es admisible. Mi buen sentido y mi amor á la verdad prevalecieron sobre los sueños de mi imaginación. (N. ED.)

(b) No falta un principio de verdad en todo eso. Los que hayan leído mis obras podrán observar que este Ensayo es por decirlo así la mina de donde he sacado las ideas diseminadas en mis demás escritos. Mas siendo el hombre infinito como realmente lo es por lo tocante á su espíritu, nada puede

Si la influencia inmediata de la revolución republicana de la Grecia tuvo que ser modificada por todas las causas que acabamos de indicar, es de creer que la revolución francesa, libre de todos aquellos obstáculos producirá un efecto mucho mas rápido no siendo que encuentre al paso otros elementos de resistencia mas poderosos que la velocidad de su acción. No es este lugar á propósito para entrar en esta discusión; pero puede dudarse que la abolición de la monarquía francesa produzca al género humano efectos remotos mas grandes y duraderos que los que resultaron de la abolición de la monarquía en Grecia. Vuelta el Atica á la libertad se cubrió de toda clase de monumentos artísticos. Los Praxiteles, los Fidias, los Zeuxis y los Apelles unieron los esfuerzos de su ingenio con los de los Sofocles y Eurípides. Las luces diseminadas en las demás partes del mundo vinieron á concentrarse en este foco común de donde andando el tiempo volvieron las diversas naciones á tomarlas. No habría tal vez Roma salido de su estado de barbarie sin el auxilio de la Grecia; la elocuencia de Demóstenes envolvía el germen de la de Cicerón, la sublimidad de Homero, la sencillez de Hesiodo, y las gracias de Teócrito, fueron precisas para que descollara en esos tres géneros la musa de Virgilio. No habrían hablado como hombres los lobos de Fedro, si los de Esopo hubieran sido mudos, y por último nosotros, celtas groseros, oriundos de los bosques no nos jactaríamos de contar entre nosotros á los Racine, los Newton, los Dryden, los Sidney, ni á otros mil hombres eminentes, y permaneceríamos todavía como nuestros antepasados sometidos á los druidas ó á los tiranos.

¡Felices los griegos si al adquirir tantas luces no hubieran perdido la pureza de las costumbres! ¡Felices si no hubieran cambiado las virtudes que les salvaron de Jerjes, por los vicios que les hicieron caer en manos de Filipo! Vamos ahora á tratar de esta segunda revolución, dando aquí fin á la primera parte de este libro primero, después de añadir un capítulo de reflexiones á manera de resumen. Mas de una vez pasaremos durante el curso de esta obra desde la luz á las tinieblas, y de un período de felicidad á otro de miseria? ¿Nos quejaremos por eso? Es de creer que nuestra felicidad ha sido calculada con arreglo á la inconstancia de nuestros deseos, y que la dosis de felicidad nos ha sido dada con medida, porque nuestro corazón es insaciable. La naturaleza nos trata como niños enfermos, cuyos apetitos se niega la madre á satisfacer, al mismo tiempo que calma sus llantos por medio de ilusiones y esperanzas. En nuestro alrededor hace vagar una multitud de fantasmas, hácia las cuales alargamos las manos sin poder alcanzarlas presentando tan maravillosas perspectivas á nuestros ojos que nos imaginamos ver Campos Eliseos hasta en el fondo de la tumba (c).

CAPITULO LXIX.

RECAPITULACION.

Acabo de demostrar la acción inmediata de la revolución republicana del Atica sobre la Persia. Hemos visto que insurreccionó por el resorte de sus opiniones los pueblos sometidos á aquel imperio, envolviéndolo en una guerra funesta que costó la vida á millones de hombres, sin que los pueblos adelanta-

de impedir que su inteligencia siga perfeccionándose constantemente. No puede por consiguiente la ciencia política, que en los pueblos antiguos perteneció al orden intelectual, así como entre los modernos se deriva del orden moral, ser contenida en sus progresos por una corrupción que no tiene poder sobre ella. (N. ED.)

(c) ¡Siempre el mismo, creyendo, y queriendo dudar. Por una debilidad de amor paternal casi he estado á punto de perdonarme esas frases. (N. ED.)

ran mucho en dicha ni en libertad. Ciertamente es que la corte de Suza fue humillada; ¿pero pudo llamarse por eso mas dichosa la Grecia? ¿No se dejó corromper por sus victorias? ¿No fueron los vicios y por último la esclavitud el resultado de aquellas acciones, al parecer tan gloriosas?

Por lo relativo al efecto remoto que en el imperio de Ciro produjo la caída de la monarquía en Atenas, nadie ignora el nombre de Alejandro, ni la conquista del Asia.

Recapitemos en breves palabras las diversas influencias ejercidas en las naciones contemporáneas por el establecimiento del gobierno popular en Grecia. De la suma de estos datos deben nacer las verdades que constituyen el objeto de nuestras investigaciones en este Ensayo.

La revolución republicana de Grecia influyó:

Sobre el Egipto.

por medio de las armas. Produjo algunas calamidades pasajeras y no pudo enseñorearse de la opinión, porque la subdivisión de clases de la sociedad y el sistema teocrático eran dificultades insuperables.

Sobre Cartago,

que era todavía un pueblo guerrero. La situación topográfica y la excelencia del gobierno púnico le salvaron del peligro de las innovaciones y del contagio del ejemplo.

En Iberia,

la reacción de las turbulencias del Atica no causó mas que desgracias. Es verosímil que el esclavo en el fondo de las minas pagó con sus lágrimas y sudores la libertad de Atenas.

En los Celtas,

divulgó las luces y por consiguiente la corrupción (a). Fue también causa remota de la esclavitud de esos pueblos, contribuyendo á que los Romanos los conquistaran fácilmente.

En Italia,

el establecimiento de las repúblicas griegas propendió hácia la política. No es tampoco imposible que hubiese contribuido á la revolución producida por Junio Bruto por la razón de haber ocurrido el viaje de ese grande hombre á Delfos casi en el momento en que Hiparco era asesinado por Harmodio. No despreciarán esta conjetura los que saben con cuánta facilidad nacen tal vez los mas atrevidos proyectos de las causas mas triviales (1).

En la grande Grecia,

la revolución, cuyos efectos estamos investigando, influyó en la moral y dió margen á varias reformas útiles, pero transitorias.

En Sicilia,

desarrolló la guerra y la monarquía: la una fue de corta duración, pero la otra costó por espacio de mucho tiempo lágrimas y sangre siracusana.

En Escitia,

obró filosóficamente en sentido vicioso: los pobres y virtuosos pastores del Danubio se dejaron sobornar por el halago de las ciencias, y al último fueron dominados por el del oro.

En la Tracia,

no causó mas que algunas desolaciones, librándose

(a) Aquí habla del discípulo de Rousseau. (N. ED.)

(1) La caída de una manzana reveló á Newton el sistema del universo.

aquellos pueblos por su barbarie de los efectos políticos y morales de la revolución republicana.

Finalmente Tiro

pudo evadirse de la influencia armada de la revolución, siendo la causa que la libró del contagio el espíritu mercantil y laborioso de sus ciudadanos.

Hemos hablado de la Persia en el principio de este capítulo. El lector al recorrer esta escala habrá indudablemente deducido lleno de admiración la verdad que resulta de sus detalles. ¿Esa revolución tan ponderada, esa revolución que mereció serlo, esa revolución toda virtud y toda verdadera libertad, no produjo pues en último resultado, exceptuando Roma y la grande Grecia, sino calamidades en todos los demás pueblos? ¿Pues qué? ¿No podrá un pueblo adquirir su libertad sino á expensas del resto de los hombres? ¿Será por ventura el mal la reacción del bien? ¿No presentará, considerada bajo este punto de vista la historia, una nueva perspectiva? ¿No penetra un rayo de luz en la lobreguez de las cosas, manifestando el recíproco enlace de los pueblos? Si los griegos del tiempo de Aristides, al romper sus cadenas, no causaron sino males al género humano, ¿qué se podrá razonablemente esperar (dejando el sistema de perfección aparte) de la influencia de la revolución francesa? ¿Podremos creer que todo va á ser virtud y libertad por haberse unos corrompidos franceses complacido en cambiar un rey por cinco tiranos (b)? Córrese el velo del porvenir. Dejo al lector en el abismo de penosas reflexiones, dudas y conjeturas á que la consideración de lo que acabamos de decir le habrá conducido.

CAPITULO LXX.

ASUNTOS Y REFLEXIONES SUELTAS.

Después de haber recorrido una obra, quedan generalmente una multitud de pensamientos confusos é ideas incoherentes, las unas enlazadas íntimamente con el asunto del libro, y las otras inspiradas por su lectura. Voy, pues, á presentar este efecto natural de una primera lectura, reproduciendo mis ideas sueltas en la forma que las he estampado en el papel, después de haber revisado el bosquejo de mi trabajo y añadiendo solamente los ligeros matices necesarios para armonizar el colorido. Sabido es que no hay pensamiento tan rudamente expresado, que mediante un poco de reflexión no revele algún enlace con otro anterior, y no pocas veces es un estudio altamente instructivo el investigar las ocultas afinidades que repentinamente se descubren entre dos ideas totalmente opuestas.

Al concebir por primera vez el plan de este libro, revisé los clásicos que me daban noticia de las revoluciones de la Grecia. A cada página se me presentaba un nuevo horizonte de reflexiones y de semejanzas. Después que conseguí bosquejar la revolución descrita en este primer libro del Ensayo, empecé á ver los objetos con algo mas de claridad, particularmente después que examiné la parte influyente de aquella revolución, parte enteramente nueva en la historia, y en la cual no me acierto á explicar por qué razón nadie ha pensado hasta el presente. Desprendiéndome de una multitud de pensamientos secundarios, confié al papel las notas siguientes que forman una especie de resultado de las verdades generales que pueden deducirse de la revolución republicana de Grecia.

(b) No deja de haber alguna parte de verdad en estas reflexiones; mas cuando se coloca la revolución particular de Francia en el movimiento del orden social, y en la revolución general que visiblemente va teniendo lugar en la especie humana, no indica sublimidad de miras ni previsión el reducir la revolución francesa al único hecho del sacrificio del rey legítimo, y al establecimiento de una usurpación. (N. ED.)